

LEILA GUERRIERO

El síntoma de la biblioteca

¿Es un alarde —está a la vista de todos—, es una colección —hay miles de ejemplares de lo mismo en distintas versiones—, es un problema —cuando la cantidad pasa de los cien, la invasión tiende a ser imparable—, es un vicio? Virus, reservorio de ácaros, ente en crecimiento continuo. Desde enero y hasta julio de 2025 no pasé en Buenos Aires, donde vivo, más de dos semanas seguidas. Viajé por trabajo a México, Chile, Estados Unidos, Suiza, Francia, España, Uruguay, etcétera. En uno de esos movimientos, mientras estaba en Menorca dictando un taller, uno de los participantes me

Jorge Méndez Blake, *Todos los libros de Borges* [ejemplares de la obra de Borges extraídos de las bibliotecas públicas de Manhattan], Frieze, Nueva York, 2012. Cortesía del artista.



preguntó: “Con todos esos viajes, ¿cuál es tu concepto de casa?”. Me reí con amargura y dije: “Mi casa es el lugar donde está mi estudio”. Y en mi estudio, claro, está mi biblioteca.

Pero yo no diría que mi casa está donde está mi biblioteca. Más bien, diría que mi casa está donde esté mi escritura. Claro que, en ese punto, no puedo separar una cosa de la otra porque la biblioteca, mi biblioteca, es un agente de excitación, un instigador de lo que escribo. Más allá del placer que me proporciona, la hurgo, la exprimo, la utilizo como combustible. Vuelvo sobre párrafos de Lorrie Moore, sobre crónicas de David Foster Wallace, sobre los poemas de Mariano Blatt, Ada Limón, Louise Glück, Anne Carson, Sharon Olds, Nicanor Parra, Matías Rivas, Claudio Bertoni; sobre *El amante*, de Marguerite Duras; sobre el diario de Cesare Pavese; sobre *Cuarenta y un intentos fallidos*, de Janet Malcolm; sobre *Los que sueñan el sueño dorado*, de Joan Didion; sobre *El Interior*, de Martín Caparrós; sobre *Operación Masacre*, de Rodolfo Walsh; sobre *Fragmentos de un discurso amoroso*, de Roland Barthes; sobre *El estilo de*

los elementos, de Rodrigo Fresán, como un vampiro buscando la chispa, el fervor necesario para seguir viviendo y escribiendo, que es lo mismo.

Jamás la miro pensando, con orgullo o desistimiento, “Cuántos libros que tengo”. Es grande pero mucho más chica que otras que conozco, y está organizada de manera conservadora. No recuerdo cómo la ordené en mi departamento anterior, más chico, en el que ocupaba apenas dos paredes, pero en el de ahora hay una división tajante, dos bibliotecas separadas que son la radiografía —sólo evidente para mí— de la manera en que mi vida como lectora experimentó un giro violento en los años noventa.

En el pasillo que une mi estudio con el resto de la casa están las obras que viajaron conmigo desde la ciudad en la que me crié hasta Buenos Aires, donde me mudé a los diecisiete años: clásicos clásicos —tragedias griegas, *La Ilíada* y *La Odisea*, los rusos, etcétera— y literatura europea: italiana, alemana, española, sobre todo francesa (también hay autores a los que llegué más tarde pero que no son de procedencia anglosajona: japoneses, algún indio, algún turco, el noruego Karl Ove Knausgård). Clásicos imbatibles, autores y autoras europeos: eso era lo que leía —con excepciones como Cortázar, Bioy Casares, Rulfo, García Márquez— hasta que cumplí veintitrés o veinticuatro años y, en mi primer trabajo como periodista, conocí al escritor argentino Rodrigo Fresán. Por entonces sentía que mis lecturas se habían estancado: no sabía por dónde seguir. ¿Más Kafka, más Heinrich Böll, más Stendhal? Le pregunté a Fresán qué me recomendaba leer. Me respondió: “¿Leíste a John Irving?”. No, y no tenía idea de quién era John Irving. Él, que jamás prestaba libros, me prestó *Oración por Owen*, me encomendó que no le quebrara el lomo, que no arruinara la portada, que no doblara las páginas, que se lo devolviera tal cual. Leí esa novela en pocos días, tomando precauciones: no la llevaba en el transporte público (horror a



Jorge Méndez Blake, *Todos los libros de Borges* [ejemplares de la obra de Borges extraídos de las bibliotecas públicas de Manhattan], Frieze, Nueva York, 2012. Cortesía del artista.



Marguerite Duras, *El amante*, Tusquets, Barcelona, 2010.

extraviarla); no la leía mientras cenaba (horror a manchar las páginas); cubrí la portada con papel satinado (horror a dejarle una marca). Fue un camino de ida hacia la literatura norteamericana contemporánea, una veta que empezó con Owen-Irving, siguió con todas las recomendaciones que me hizo Fresán —Eugenides, Tobias Wolff, Richard Ford, John Cheever, Anne Tyler, muchos más— y a la que se sumaron, como si aquellos libros hubieran sido imanes que atraían a otros de la misma estirpe, descubrimientos propios: Lorrie Moore, David Foster Wallace, Jonathan Franzen, Michael Chabon, etcétera.

La biblioteca del pasillo no debe tener más de mil ejemplares y es una biblioteca casi detenida: no aumenta demasiado. Cada tanto ingresa algún autor francés —la psicoanalista Anne Dufourmantelle o *Hacer el amor*, de Jean-Philippe Toussaint, que no me interesó aunque tiene algunas frases estupendas, y si hay algo que no puedo hacer es desprenderme de un libro con “algunas frases estupendas”—, pero, en general, no crece.

La otra, la de mi estudio, crece continuamente. Paredes de piso a techo, estantes gruesos para sostener dos hileras de libros (atrás y adelante), cuatro zonas bien definidas: no ficción, ficción, poesía y cómics. La no ficción tiene subdivisiones: diccionarios, ensayo, biografía, no ficción periodística. La de ficción

está dividida por zonas geográficas: América Latina (cada país tiene su espacio: Argentina, Colombia, México, Bolivia, Perú, etcétera), Inglaterra (que saltó de la biblioteca del pasillo a ésta porque crece, aunque con timidez) y Estados Unidos, el núcleo duro del asunto, el síntoma de mi viraje violento. La literatura norteamericana contemporánea ocupa muchísimos estantes, está a mis espaldas y aumenta de manera vertiginosa. Es una criatura en expansión, la zona con más libros efectivamente leídos y releídos: Pete Dexter, David Foster Wallace, Rick Moody, Lorrie Moore, Lydia Davis, Ann Beattie, Faulkner, Fitzgerald, Capote, Mailer, Tobias Wolff, Salinger, Cheever, Richard Ford, Eugenides, Anne Tyler, David Gates, Nickolas Butler, Peter Cameron, Franzen, Chabon, Bret Easton Ellis, Carver, A. M. Homes, Lionel Shriver, Amy Hempel, Nathan Hill, Ottessa Moshfegh, Elizabeth Strout, Richard Yates, Scott Spencer. Etcétera. Y etcétera. Y etcétera. Aquella primera lectura que sugirió Fresán torció mi rumbo para siempre y dejó huellas en todo: en lo que pienso, en lo que escribo, en lo que busco.

La totalidad de la biblioteca está organizada por autores. Eso no presenta problemas, aunque hay ripios: si alguien escribe ficción y no ficción, ¿creo todo en la zona de ficción (por algún motivo, eso tiene más sentido que lo opuesto) o separo ficción de no ficción? Mis decisiones son arbitrarias: la obra de Martín Caparrós está dividida entre



Rodrigo Fresán, *El estilo de los elementos*, Random House, Barcelona, 2024.



Martín Caparrós, *El interior*, Random House, Buenos Aires, 2023.

la zona de ficción y no ficción, igual que la de Juan Villoro y Joan Didion; la obra de ficción y no ficción de Alan Pauls, Mariana Enriquez, David Foster Wallace, Fogwill, Hebe Uhart, Ricardo Piglia permanece unida en la zona de ficción. Es un criterio misterioso (y un misterio muy poco relevante).

Aunque todo indique que el nuevo libro de un autor que me gusta mucho es malo, lo compro igual (cultivo la lealtad lectora). A veces me encuentro rogando que fulano o fulana no publiquen nada más porque voy a tener que recurrir a la odiosa modalidad de colocar su obra echada horizontalmente sobre volúmenes anteriores, ya que insertar uno nuevo significa mover estantes completos. Cuando lo hago, reencuentro cosas que quiero releer y las llevo a la biblioteca jibarizada: la mesa de luz.

Releer es importante y peligroso. Sufro decepciones. Me sucedió con *El festín del amor*, de Charles Baxter, que recordaba extraordinario y que en la segunda lectura me pareció muy bueno —ahí estaba Baxter con sus estructuras

raras y todo su talento—, pero no me deslumbró, y lo mismo con *Río azul*, de Ethan Canin (aunque el final me sigue estremeciendo). Por supuesto, hay casos de satisfacción garantizada: *Oración por Owen*, de Irving, o *El gran Gatsby*, de Fitzgerald, o *Madame Bovary*, de Flaubert, o *El invierno de nuestro descontento*, de John Steinbeck, o *Las palmeras salvajes*, de Faulkner, pero esas son, en el fondo, apuestas fáciles, como volver a una casa querida aunque la casa haya cambiado un poco.



Rodolfo Walsh, *Operación masacre*, Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura UNAM, México, 2020.

En 2018, cuando me mudé, el espacio destinado a la no ficción periodística era escaso, uno o dos estantes. Casi no había qué poner ahí salvo los clásicos de Rodolfo Walsh o Caparrós y algunos gringos. Ahora desborda, sobre todo con obras de autores y autoras de habla hispana publicadas en México, España, la Argentina, El Salvador, Colombia, Perú, Chile, Uruguay, Ecuador. Si bien la mía es una biblioteca viva y los libros salen y entran todo el tiempo, ese sector es parti-

La biblioteca como decoración es un sopapo escandaloso, una afrenta, porque el concepto “adorno” está reñido con los libros. Los libros producen alivio pero también malestar, enamoran y hacen sufrir, despiertan evocaciones, melancolía e ideas peligrosas. Eso no lo logra un florero. Verlos hacer las veces de objeto decorativo es como contemplar a un animal salvaje en una jaula.

cularmente movedizo: busco soluciones técnicas, ideas para escribir o para dar talleres. De la sequía casi completa se ha pasado, en los últimos años, a un panorama en el que casi todas las editoriales le prestan atención al género, lo cual no es precisamente una mala noticia.

Hace un tiempo, un amigo escritor me dijo que había donado unos 2500 ejemplares de su biblioteca. Las purgas son necesarias: la cantidad amenaza incluso la resistencia de los materiales. Imagino las vigas cediendo, mi estudio desplomándose sobre el departamento de abajo, los vecinos literalmente aplastados por la literatura. Cada tanto me desprendo de algunos libros. Regalo, le llevo a mi padre, reparto entre participantes de los talleres. Pero hay períodos en los que mi biblioteca no soporta un solo libro de menos: nada de lo que hay puede quitarse sin que ella y yo suframos un daño irreversible y descomunal.

Se dice que mudar una biblioteca es una pesadilla. Tengo la sensación contraria (quizás porque me mudé poco): desembalarla fue un momento feliz. A medida que lo hacía descartaba mucho (los periodistas acumulamos “por las dudas”: libros sobre la inmigración japonesa, sobre el cultivo de la soja, sobre fauna cadavérica, sobre la historia del ajenjo; nunca se sabe qué puede servir ni para qué); las pequeñas decisiones excitantes —dónde poner a los colombianos, a los norteamericanos, a los argentinos— me provocaban un vértigo gozoso, y ver la obra terminada —montar una biblioteca es hacer una obra— me insufló la satisfacción que se siente al terminar un *puzzle*.

Antes de mudarme, le pedí a una arquitecta que diseñara la biblioteca para mi estudio. Volvió con un diseño exquisito, curvo, de estantes delicados como pestañas. Parecía un animalito curioso con el cuello lanzado hacia adelante. La miré con pena —a la arquitecta, no a la biblioteca— y le dije que necesitaba un mueble robusto capaz de soportar la carga de miles de kilos, maquinaria pesada, un tractor, no una criatura etérea. La ar-

John Irving,
Oración por Owen,
Tusquets, Barcelona, 1989.



quitecta, que tenía muy buen gusto, me dijo: “Pero podés tener una biblioteca de diseño en el living y poner libros de adorno”. Eso hubiera significado alterar el orden del universo, expatriar un puñado de volúmenes del estante que les correspondiera —ficción, no ficción, poesía, cómic— y dejarlos allí, boyando en una atmósfera desconocida, huérfanos y desamparados. No conozco a ningún lector robusto que use los libros como adorno, ni que tenga una biblioteca como las que se ven en las revistas de arquitectura, con ese aspecto de mantis religiosas. Son divinas. No sirven para nada. Si me encuentro con una de esas bibliotecas en alguna casa, intuyo que sus habitantes no han leído un solo libro en toda su vida (soy prejuiciosa). La biblioteca como decoración es un sopapo escandaloso, una afrenta, porque el concepto “adorno” está reñido con los libros. Los libros producen alivio pero también malestar, enamoran y hacen sufrir, despiertan evocaciones, melancolía e ideas peligrosas. Eso no lo logra un florero. Verlos hacer las veces de objeto decorativo es como contemplar a un animal salvaje en una jaula.

Cada vez que se habla de bibliotecas, hay temas que se asocian de inmediato: los que subrayan y los que no (yo no subrayo); los que doblan las páginas y los que no (yo las doblo); los que toman notas en los costados o al final (yo no tomo notas); los que prestan libros y los que no (yo no presto); los que no devuelven libros prestados y los que sí (yo de-



Joan Didion, *Los que sueñan el sueño dorado*, Random House, 2012.

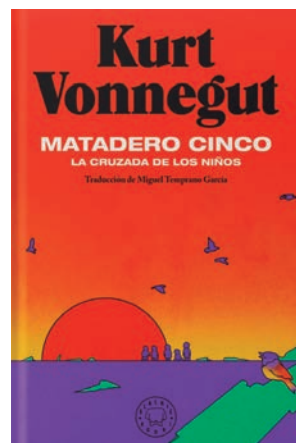
vuelvo pero casi no acepto que me pres-
ten porque, si el libro me gusta, me lo
quiero quedar); los que roban libros y los
que no (yo no robo, aunque birlé de la
biblioteca de mi padre un ejemplar de
Rimbaud). Pero si uno se aleja de los tó-
picos y va a lo funcional del asunto, si se
lo desenviste de poesía, emoción, recuer-
dos, romanticismo, una biblioteca, para
alguien que escribe, es una herramienta
de trabajo. Escribir y tener una bibliote-
ca grande es poco original, es el equiva-
lente a la cocina llena de utensilios de
un chef o al taller atorado de maderas
de un ebanista: algo obvio. Claro que si
ciertas herramientas proveen soluciones
—una batidora eléctrica permite prepa-
rar claras a nieve sin gasto físico; una
gubia permite un trabajo preciso con la
madera—, la biblioteca es una fábrica de
problemas. Una máquina de perturba-
ción, de inquietudes, de desafíos, de in-
comodidades, de dudas, de preguntas. Y si
no funciona así, es porque funciona mal.

Cuando viajo a algunos sitios llevo
una maleta vacía que vuelve cargada de
libros. Me sumerjo en las librerías, don-
de venden mi droga favorita, como otros
se quedan transidos ante los percheros
de Zadig & Voltaire. Desarmar esa valija
al regreso es como abrir regalos de Navi-
dad. Lo cual es una tremenda estupidez,
ya que no contiene sorpresas. Así y todo,
mientras la desarmo pienso: “Ah, el úl-
timo de Elizabeth Strout” (un regalo de

Rodrigo Fresán, firmado por la autora);
“Ah, este ejemplar de Patrick McGrath
que compré por cuatro euros en una li-
brería de usados en Santander”; “Ah, esta
edición que no tenía de *Hablemos de lan-
gostas*, de David Foster Wallace”.

Adquirir el hábito de comprar dis-
tintas ediciones de ciertos títulos hace
tiempo. Yo no sabía que eso podía ha-
cerse. Quiero decir: es algo lógico, no es
ilegal, pero no se me había ocurrido ha-
cerlo hasta que leí una entrevista en la
que un escritor aseguraba tener muchas
ediciones de los libros que más le gusta-
ban. Me dije “Qué buena idea”. Lo es. Y
es pésima también, porque se suma a los
varios motivos que existen para alimen-
tar la compulsión de compra: porque leí
buenas reseñas; porque se trata de la
nueva novela de uno de mis autores fa-
voritos; porque leí malas reseñas —cada
vez hay menos— y quiero tener criterio
propio; porque todo el mundo está ha-
blando de ese libro y, de nuevo, quiero
tener criterio propio; porque leí el pá-
rrafo final y quedé encandilada; porque
a lo mejor me sirve para escribir. Afor-
tunadamente, no tengo ánimo fetichis-
ta, así que no compro libros porque me
parezcan “bonitos”, ni busco primeras
ediciones, ni leo en cuatro idiomas.

Aquí, confesión. En el sector de li-
teratura norteamericana hay un estan-
te de autores consagrados, prestigiosos,
muchos de ellos candidatos y candida-
tas al premio Nobel. Los escritores los



Kurt Vonnegut,
Matadero cinco, Blackie
Books, Barcelona, 2021.

Pero yo no diría que mi casa está donde está mi biblioteca. Más bien, diría que mi casa está donde esté mi escritura. Claro que, en ese punto, no puedo separar una cosa de la otra porque la biblioteca, mi biblioteca, es un agente de excitación, un instigador de lo que escribo. Más allá del placer que me proporciona, la hurgo, la exprimo, la utilizo como combustible.

veneran. A mí me resultan insoportables. Leo veinte páginas y tengo que empezar de nuevo porque me distraigo, me resultan aburridos, irritantes, incomprensibles. Y —esto es escandaloso— en ese estante estuvo, desde los años noventa y hasta noviembre de 2024, Kurt Vonnegut: dos ediciones de *Matadero Cinco*, ejemplares de *Buena puntería*, *Pájaro de celda*, *Mire al pajarito*. Cuentos, novelas. No llegaba a leer más de cinco páginas y empezaba a pensar en otra cosa. No podía con todo ese delirio. ¿Era un genio o un tonto? ¿Qué eran esos dibujitos, esas enormes letras negras en mayúscula? Escribía como un extraterrestre en viaje de ácido. No lo entendía, no entendía la devoción por él, no entendía nada. Hasta que el año pasado entré en la librería Machado del Círculo de Bellas Artes, en Madrid, vi un hermoso volumen de *Matadero Cinco* editado por Blackie Books, leí la frase del comienzo y se me apretó la garganta. Desde entonces, no he parado de leer —y, por supuesto, de comprar— a Vonnegut. *Las sirenas de Títán*, *Desayuno de campeones*, *Madre Noche*, *Galápagos*. Busco sus entrevistas. Escucho sus conferencias. Intento recuperar eso que me perdí durante décadas.

De todos los libros que podría quitar de mi biblioteca, no quitaría ninguno de ese estante. Porque puede que estén esperando por mi yo del futuro mientras mi vida, y el resto de mi biblioteca, construyen a la persona que será capaz de leerlos. Así como Vonnegut esperó por mí con toda esa paciencia, los demás quizás tengan la gentileza de hacerlo mismo. ¶¶